EL PACTO DE 1291*

Jean Starobinski**

El pacto de 1291¹ renueva y confirma los lazos preexistentes: los declara válidos "para siempre". Este texto no es únicamente una convención jurídica fundamental: es un gran documento sobre la naturaleza de las relaciones humanas, y sobre aquello que transforma la palabra —el verbo escrito, firmado, sellado— en un acto. Vemos aquí lo que sabían los hombres de 1291 sobre un conocimiento inmediato del cual tuvieron la valentía de sacar consecuencias: los hombres son violentos y hay que dejar atrás la violencia. No se superará la violencia ignorándola, sino tomando contra ella todas las medidas apropiadas. Para rechazar el asalto de los violentos *contra impetus malignorum*, es necesario comenzar por ayudarse mutuamente en la resistencia. Pero la violencia interna no es menos temible que la agresión que viene de afuera. Los firmantes de 1291 toman medidas comunes contra los asesinos y los incendiarios. Entre las tres comunidades, prevén el riesgo

27

* Tomado de *Lettre internationale*, primavera 1991. Traducción de Silvia Pasternac.

** Universidad de Ginebra. Autor de *La relación crítica*, *La posesión demoníaca*, entre otros.

¹ Suiza celebra este año su 700º aniversario. La historia de Guillermo Tell es un mito. Como lo es también, muy probablemente, el Juramento de los Tres Suizos sobre el prado de Grütli. Pero, firmado en los *primeros días de agosto de 1291*, el pacto que une a las comarcas boscosas (Waldstätten) de Uri, Schwyz y Unterwald es un documento completamente auténtico. Se ha podido entonces decidir legítimamente que indica un comienzo. En la ceremonia oficial que se realizó el 10 de enero en Bellinzona, y que marcó el inicio del año conmemorativo, Jean Starobinski pronunció la alocución principal. Nos pidió que recordáramos a los lectores que se trata de un breve discurso, no de un ensayo ni de un estudio.

Jean Starobinski

de conflictos de intereses. Estos litigios no deberán ser llevados ante magistrados extranjeros, ni ante jueces que hubieran comprado su cargo. Para prevenir el disenso brutal, se acude a la mediación y al arbitraje. (*Si alguna discordia llegara a ocurrir entre los confederados, los más prudentes intervendrán por arbitraje para apaciguar la desavenencia.*) Una vez planteado el principio, quedaba por hacer un largo aprendizaje, en las tribulaciones de la Historia. El pasado de Suiza no tiene nada de idílico. No fueron evitados los excesos y los litigios. Pero el principio del arbitraje se mantuvo firme. Hoy vivimos en una Europa en la que se despiertan conflictos interétnicos, en un mundo donde los nacionalismos regionales o tribales no ceden. Ahora bien, los suizos aprendieron el difícil arte de vivir juntos respetando las diferencias. Esta experiencia se plasmó en instituciones, y éstas pueden ofrecer, si no un modelo que se deba copiar literalmente, al menos la indicación de un camino que se puede seguir y, por esto mismo, un motivo de esperanza para otros, así como lo es para nosotros. Ciertamente, el federalismo es un sistema viable. Denis de Rougemont, entre otros, lo dijo con vigor.

28 Una imagen famosa de Johann-Heinrich Füssli erige a los Tres Suizos dando muestras de un gran impulso lleno de resolución, con los brazos en alto, simbolizando el acto fundador mítico y, particularmente, el llamamiento a Dios con el cual comienza el pacto.

Pero el texto del pacto no olvida que los hombres, incluso esos mismos que estaban prestando juramento, son seres imperfectos, falibles, que deben ser *constreñidos* por la fe jurada. Es al mismo tiempo un texto audaz y de una singular humildad. Ser humilde y juntar las fuerzas para impedir el paso del invasor, no son incompatibles.

EL PACTO DE 1291

Ser responsable

Al final de la Edad Media, con ocasión de una guerra o para conmemorar a los muertos en alguna batalla (particularmente la de Sempach o la de Arbedo), grupos de hombres y mujeres, que a veces se relevaban de ciudad en ciudad, recitaban la Gran Oración; ésta empezaba, cristianamente, con un acto de arrepentimiento. En una de las versiones del *Grosses Gebet der Eidgenossen*,² puede leerse:

En primer lugar, cada uno, volviéndose hacia sí mismo, debe reconocer sus pecados y sus malas acciones, que cometió contra Dios, y tomar la firme resolución de evitar los pecados y las ocasiones de pecado.

Estas palabras de contricción, este *Confiteor*, no las considero como una simple fórmula de precaución destinada a atraerse la protección divina. Como en David, el rey salmista, la valentía para la confesión de los pecados no es diferente de la valentía para el combate. Es reconocer una condición finita, imperfecta, es aceptar no depender únicamente del juicio propio. Y cuando hablo de combate, no pienso solamente en los hechos de armas de los primeros siglos: pienso en cualquier gran proyecto, pienso en cualquier empresa de envergadura. No quedarse en el solo deseo personal, aceptar ser responsable de nuestros actos frente a los otros o frente a Otro: ésta es sin duda la mejor definición del sentido de responsabilidad. Las palabras de la Gran Oración son palabras que es bueno recordar. Pues el orgullo nos tiende una doble trampa: en primer lugar, la autocomplacencia, que la lengua alemana llama con mucha propiedad *Selbstegefälligkeit*: es la pereza mental que consiste en creer que hemos cumplido escrupulosamente con todo lo que se nos había pedido, y que volver a cuestionar esto es inútil. Y la otra trampa, es el resentimiento reivindicador, que en alemán se designa con precisión por medio de la noción de *Selbstgerechtigkeit*: es la actitud de los mensajeros

29

² Citas tomadas de: Peter Ochsenbein, *Das grosse Gebet der Eidgenossen*, Francke Verlag, Berna, 1989.

Jean Starobinski

del malestar que creen ser puros y sin reproche porque denuncian las transgresiones de los otros. Estas actitudes, ambas igualmente erróneas, son paralizantes: son lujos perniciosos. Dos maneras de esquivar nuestras responsabilidades. Espero que nuestro país no se inmovilice ni en la buena ni en la mala conciencia. Que tenga el coraje de imponerse una elevada ambición, sin olvidar la virtud de la humildad. Porque es necesario ser humilde para tener ganas de superarse, y para desear responder cada vez mejor en la vida cotidiana y en las leyes, a las exigencias de la ética y del interés común más amplio.

Me permito insistir: la verdadera libertad política, la libertad mejor dotada, es el atributo de las sociedades que reconocen que los individuos no deben tener permiso para hacer cualquier cosa, y que la desenfrenada voluntad arbitraria no es la autoridad decisiva. Este sentido de la medida, estas limitaciones legales, este rechazo de lo arbitrario, exigidos por el respeto al prójimo, ¡no vayamos a considerarlos como una cárcel! ¡No, decididamente, iré a buscar fuera de Suiza, en la historia del siglo XX, los ejemplos del encierro y de la servidumbre voluntaria!

30

El propósito de las rutas

Leemos con emoción, en la Gran Oración, uno de los últimos pedidos:

Queremos también rogar por aquellos que en todos lados mejoran los caminos y los senderos, a sus expensas también y poniendo en ello todo su esfuerzo, tanto espiritual como corporal, y que sirven con fidelidad a la utilidad común.

Una versión agrega:

Y que aman la justicia.

¡Sí, celebremos el oscuro, el glorioso trabajo de aquellos que mejoran los senderos y los caminos! Pienso tanto en los senderos de montaña como en los caminos de peregrinaje. Pienso en todas las rutas esenciales

EL PACTO DE 1291

mantenidas para la utilidad común: pienso en los muy antiguos caminos de mulas que atravesaban los Alpes, que aseguraban los intercambios entre el norte y el sur, y que requerían de un cortejo de fortalezas.

Los que mejoraban los senderos y caminos ponían al servicio de la Europa cisalpina y de Italia (con sus socios orientales) los grandes ejes del comercio y de la cultura. Pienso en primer lugar en los pintores alemanes o flamencos, que viajaban hacia Venecia o hacia Roma, y que descubrieron los primeros fuegos de la luz meridional en las faldas de los Alpes, en el centelleo de las rocas y las cascadas. Estos caminos bordeaban frecuentemente los grandes ríos cuya línea divisoria se encuentra en los nudos centrales de nuestro masivo alpino. Aquellos que ampliaron y consolidaron esos caminos inmemoriales prepararon a Suiza para su función de mediadora y de receptora. Fueron, en los tiempos del humanismo, los caminos de vagabundeo de los escolares que se fueron a estudiar las "buenas letras" a todos los rincones de Europa, como lo hizo el pastorcito del Valais, Thomas Plater. No acabaríamos nunca de evocar a aquellos que tomaron la ruta para encontrar la forma de vivir en una tierra extranjera: arquitectos y estuquistas del Ticino, reposteros de Engandine y del Valle Bregalia. Por esas mismas rutas partieron soldados del servicio extranjero, con el *Heimweh* en el corazón. En el sentido contrario —de Francia, de Flandes, de Italia— afluyeron aquellos que buscaban refugio "por razones de religión", Erasmo en Bale, los Estienne en Ginebra. Estos hugonotes, estos herejes vinieron a establecer y a hacer prosperar nuevas industrias. La Suiza del siglo XVII fue hecha por los extranjeros, dice el historiador inglés Hugh Trevor Roper. Los años en los que las rutas se cerraron ante aquellos que corrían un peligro inmediato de muerte fueron años de desgracia.

La Gran Oración, como ya lo vimos, conoce un sentido material de la construcción de las rutas; conoce también su significación espiritual, que va a la par con la generosidad y el amor a la justicia. Esta idea es admirable: encuentro en ella la expresión de la tarea más exaltante que uno pueda proponerse hoy. Es la tarea que asocia la educación, la cultura, los oficios de la comunicación, los oficios de la ayuda, las vocaciones caritativas. Hoy, las rutas y los senderos, en el sentido espiritual, son las ciencias y sus aplicaciones, en el lenguaje de la razón (tan

Jean Starobinski

frecuentemente calumniada) que nuestras altas escuelas se dedican a desarrollar. Son también las artes y el libre curso de la imaginación, cuyo agotamiento nos empobrecería. Hay también rutas y senderos secretos por los cuales se va silenciosamente hacia el interior de sí mismo. Espero que podamos decir, de las mujeres y de los hombres de hoy, que contribuyeron, cada uno en su campo y hasta en los más modestos, a crear nuevas rutas, a tender nuevos puentes. Si declaro que es urgente continuar sobresaliendo en el más amplio número de campos, ¿se me reprochará que pregono un ideal elitista? Un país pequeño debe compensar la estrechez de su territorio con el valor de sus realizaciones. El elitismo, si tal es el caso, consiste en desarrollar más completamente los poderes que cada uno lleva en su interior, no para afirmar una superioridad altiva, sino para tener aún más para comunicar. El acto de solidaridad vale por la calidad de lo que ofrecemos a los que vienen de afuera. Pero, yo lo sé, el mundo "desarrollado" vive en una civilización material que no siempre incita a alcanzar lo mejor de uno mismo. Deja sitio, sin embargo, para una excepción más que meritoria: el esfuerzo deportivo, el bello dominio del cuerpo y del gesto que salvaguardan al menos un aspecto de la realización humana.

32

La invitación del sendero

En este fin de siglo, nuestras vidas, con las decisiones que no podemos esquivar, se inscriben ineluctablemente en el horizonte de toda la Tierra. Pero el camino hacia el mundo comienza en nuestra puerta, bajo nuestros pasos, en las calles de nuestras ciudades, en nuestras estaciones de transportes. Comienza también cuando partimos hacia las alturas, cuando pisamos los senderos bordeados de tréboles y de escabiosas, cuando atravesamos el arroyo sobre las tablas colocadas por el peón caminero, cuando saludamos al transeúnte desconocido. Y si aceptamos la invitación del sendero, no necesitaremos mucho tiempo para volver a descubrir —cada mañana como si fuera la primera vez— que somos depositarios de una parte muy preciosa de la belleza del mundo. Sentimos más que nunca hasta qué punto esta belleza es vulnerable. La Gran Oración

EL PACTO DE 1291

hablaba del amor por la justicia. Sepamos dar justicia al campo de trigo, al viñedo y al huerto, al bosque y al glaciár, que son nuestros primeros interlocutores: sólo entonces habremos aprendido a brindar una amistad mejor al mundo lejano, a responderle y a hacerle las señas de una presencia eficaz y de una preocupación común por la paz entre los hombres, señas que con toda seguridad está esperando.